

Carta a Eduardo Nicol

Ramón Xirau

Distinguido amigo Eduardo Nicol:

He escrito algunas veces sobre la filosofía de Eduardo Nicol. Permítame, en este homenaje, ser menos *técnico* y más personal.

Lo conocí, si mal no recuerdo, hacia 1931, en el piso de mis padres en Barcelona, donde solían venir los discípulos más allegados a Joaquín Xirau. Yo era entonces un niño y usted un joven que pronto sería secretario general de la Fundación Bernard Metge, aquella fundación en la cual se trabajaba con tanto esfuerzo para traducir al catalán a los clásicos latinos y griegos, bajo la presencia del gran humanista y escéptico Bernard Metge. Cómo nos mira, define, señala, aquel mediterráneo griego y romano... Sí, principalmente griego. Aquel "*pont de la mar blava*" —"puente del mar azul"—, como lo nombró Nicolau d'Olwer, ya antes de su exilio en México.

Bien, está usted "condenado a ser libre" —buena expresión de aquel filósofo que, por otro lado, no siempre admiro—. Y esta libertad tiene un nombre, un nombre que usted le ha dado. Se llama *vocación*. Volveré después sobre este tema.

Recuerdo que usted tuvo por maestro a don Jaime Serra Hunter, quien a su vez había sido maestro de mi padre. Otro exiliado que falleció al poco tiempo de llegar a estas nuevas tierras. Señalo este punto porque, usted lo ha dicho, Serra Hunter fue para Nicol una gran presencia. Pero además, hay que recordarlo, Serra Hunter, discípulo de Llorenç Barba, a su vez discípulo de Martí d'Eixalà, formó con ellos toda una filosofía que tuvo fortísimo arraigo en Cataluña durante buena parte del siglo XIX y aun del XX. No quiero, en esta carta, decir que Nicol pertenezca a una *escuela*, ni tan sólo a esta escuela catalana. De relación con ella tiene lo que en catalán llamamos *seny*, es decir, "sentido común" o "buen sentido". Una diferencia esencial, sin embargo. Nicol está mucho más imbuido de metafísica, de *expresión* y *vocación* metafísicas u ontológicas.

De hecho, creo que usted piensa que el ser nos es mucho menos extraño de lo que han pensado los filósofos. De hecho, el ser está por todas partes, el ser se nos da cuando lo vemos, lo invocamos, lo decimos, lo expresamos y acerca de él leemos o escuchamos en la obra escrita y dicha por Eduardo Nicol.

Para mí, una de las nociones esenciales sobre la que usted ha escrito siempre es la de *vocación*. ¿Qué es la vocación? Sabemos que el ser del hombre consiste en la expresión. Usted escribía:

Ramón Xirau. Poeta y maestro en Filosofía por la UNAM y La Sorbona. Especializado en literatura y poesía. Fundador de la revista *Diálogos*. Entre sus publicaciones destacan *Las máquinas vivas*, en colaboración con Manuel Durán, y *The Nature of Man*, con Erich Fromm.



La estructura vital, histórica y ontológica que hace posible la producción de aquellas creaciones [humanas] es una estructura permanente. La vocación no es vocación hacia la nada, como lo era en el *primer* Heidegger; es, sobre todo, vocación hacia la vida, más aún, "la vida misma" es vocación, y lo es "esencialmente". No hay que negar la muerte, hay que afirmar la vida y percibir que "morirse es un acto de vida".

Y usted añade: "La filosofía no condena a muerte al hombre". Y si es necesario, hay que ir más allá de la filosofía, para "restaurar la poesía de la vida. Perdonar la codicia y la ambición: restablecer la paz". Lo cual le conducía, Nicol, a buscar en San Juan de la Cruz la experiencia mística y su expresión. Magnífico texto este que usted dedica a Juan de Yepes, para mí uno de los mejores, si no el mejor, de la lengua castellana. Estamos aquí ante una experiencia inexpresable de manera directa. Sólo podemos aludirla, rozarla; sólo podemos verdaderamente expresarla poéticamente siempre que sepamos, como lo sabe usted, que "el filósofo piensa también, como el poeta, que el secreto de la poesía es que haya secretos". Ciertamente el hombre, y acaso sobre todo el hombre moderno, no llega, como diría San Juan, "dar a la caza alcance". Por esto escribe Nicol que debemos buscar y cercar y asediar "la recuperación del mundo por el verbo". ¿El de Heráclito? ¿El del Evangelio de San Juan? Sí, el *logos* que nos permite invocar a los otros, expresarnos hacia los otros y esperar que los otros nos expresen. ¿Más allá de la filosofía? Sí, está la *sapiencia*, el saber,

pero acaso la experiencia última (o primera) sea prefilosófica, y acaso transfilosófica. Pero me estoy metiendo en honduras. Acaso le hago decir a usted cosas que yo siento o vivo. Siempre creo que en este punto central, el de la vocación, estamos muy cerca uno del otro.

La expresión filosófica fundamental se da por la razón, pero si ésta tiene que volver a tener sentido, como leo en *El porvenir de la filosofía*, ello sucederá cuando la razón —"razón mayor"— llegue nuevamente a ser clara. En efecto: "la claridad deja de ser cortesía, y viene a ser cuestión de sanidad común". Lo cual, Eduardo Nicol, me lleva al principio. Usted no pertenece a la escuela escocesa-catalana. No. Pero sí tiene en mente el *seny*, la "sanidad común", única salvación posible, no solamente de la filosofía, sino de la vida misma, en un mundo duro, cruel, más que difícil, que es el nuestro.

Y ya no más análisis. Solamente la amistad de

Ramón

Posdata: Algo más. Un breve poema que en catalán me dice:

<i>Vermelles les cireres vermell el claustre il·luminat de vides netes. Claredat.</i>	Rojas las cerezas, rojo el claustro iluminado de vidas limpias. Claridad.
<i>El sol, càntic de foc.</i>	El sol, cántico de fuego.
<i>Vermelles les cireres —tot llum, tot mar tot claustre</i>	Rojas las cerezas —todo luz, todo mar, todo claustro.



Tomado de *El ser y la expresión*, libro colectivo en homenaje a Eduardo Nicol, en prensa, editado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.